

Al bajar al sepulcro, Ambrosio cerró, por decirlo así, el brillante cortejo de tantos ilustres varones como ilustraron, defendieron y edificaron á la Iglesia durante el siglo IV; sin embargo, mas feliz que otros, el gran Doctor se sobrevivió á sí mismo en su incomparable discípulo san Agustín, y aun cuando Ambrosio no tuviera otro título al recuerdo de la posteridad que el haber conquistado á Agustín para la Iglesia, sería suficiente para asegurarle la gratitud de todos los siglos.

La nueva antorcha de la Iglesia, el azote de las herejías, el genio mas vasto y variado, el entendimiento mas sutil y penetrante, el corazón mas tierno y amante que haya venido jamás á la tierra, el hombre cuyo solo nombre es ya un elogio, Agustín, nació en Tagasto, en África, en el año 354; Patricio, su padre, profesaba el Gentilismo; su madre fué santa Mónica, la gloria de su sexo y el modelo siempre vivo de las madres y de las esposas cristianas¹.

En su juventud, siguió Agustín con impetuosidad todos los instintos y deseos de un corazón corrompido; entregóse sin freno al libertinaje y participó de los errores de los maniqueos; mas su piadosa madre, que le habia instruido en los misterios de la Religión, y le habia enseñado á orar, no se separó de él en cuanto le fué posible, ni se desalentó al ver la conducta de su hijo; siguióle á Italia, donde Agustín enseñó la retórica en Roma y en Milan, de cuya ciudad era obispo entonces san Ambrosio, y conmovido el jóven por las palabras y continuas lágrimas de su madre, pensó formalmente en abandonar sus désordenes y el Maniqueísmo. Hizose, pues, instruir siendo bautizado en Milan, la víspera de Pascua del año 387, á los treinta y dos años de su edad; y si bien no podia decidirse á dejar su cátedra de profesor, Dios, que lo queria todo para sí, rompió aquel último lazo que le sujetaba al mundo.

Un señor africano, llamado Ponticiano, visitó un dia á Agustín y

9.º Los tres libros *del Espíritu Santo y de la Encarnacion*, completa refutación de las herejías de Arrio y de Macedonio.

10. *Epístolas* muy interesantes en número de noventa y una;

11. Los libros *sobre la muerte de Satiro*, su hermano.

12. *Himnos y Cantos*, y el *Te Deum* atribuido á él y á san Agustín.

Los Benedictinos han publicado una hermosa edicion de san Ambrosio. París, 1686-1690, dos tom. en folio.

¹ Véase su Vida en Godescard, t. V, pág. 475, que debiera ser el manual de todas las personas casadas.

á su amigo Alipio, y viendo en una mesa las Epístolas de san Pablo, tomó de aqui ocasion para referir la vida de san Antonio, padre del desierto, y de algunos otros servidores de Dios; la relacion de Ponticiano hizo gran sensacion en Agustín; el cual vió como en un espejo su vergüenza y su confusion; inspirábase horror á sí mismo, y apenas hubo salido Ponticiano, cuando dirigiéndose á Alipio le dijo: «¿Cómo sufrimos que los ignorantes se eleven y consigan el «cielo, mientras que nosotros con toda nuestra ciencia no tenemos «corazon y nos encenagamos entre la carne y la sangre? ¿Tendré- «mos á menos el seguirles, solo porque nos preceden? ¿No seria el «colmo de la vergüenza el no querer ni siquiera imitarles?»

Dicho esto se levantó y bajó al jardín, seguido de Alipio; al llegar allí, alejóse á cierta distancia, postróse en tierra debajo de una higuera, y dió libre curso á sus lágrimas. «¡Hasta cuándo, Señor, «exclamó, hasta cuándo estaréis irritado contra mí! Olvidad mis «pasadas iniquidades.» Y sintiendo aquella voluntad de hierro, aquella voluntad perversa que le retenia aun, exhalaba profundos suspiros, y decíase á sí mismo: «¿Hasta cuándo diré: Mañana, mañana? ¿por qué no hoy? ¿por qué desde este momento no pongo «fin á mis infamias?»

Mientras que esto decia bañando el llanto sus mejillas, oyó como una voz de niño que decia cantando: *Tomad y leed, tomad y leed*; volvióse y no vió á nadie; pero recordando que san Antonio se habia convertido escuchando leer un paso del Evangelio, dirigióse apresuradamente al lugar en que se hallaba Alipio y donde habia dejado las Epístolas de san Pablo; y tomando el libro, abriólo y leyó en voz baja las siguientes palabras que fueron las primeras que se ofrecieron á su vista: «No paseis vuestra vida en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias «y envidia; mas vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagais «caso de la carne en sus apetitos¹.»

No quiso leer mas, y levantándose fué al encuentro de Alipio con el corazón tranquilo y el rostro sereno, tal es la prontitud con que es preciso corresponder á la gracia; ambos refirieron á santa Mónica lo que acababa de suceder, y fácilmente se adivina la santa alegría que le causaron. No tardó Agustín en emprender de nuevo su viaje al África; mas al llegar al puerto de Ostia perdió á su virtu-

¹ Rom. XIII, 13.

sa madre, la cual se despidió de él con estas edificantes palabras: «Hijo mio, nada hay ya en esta vida capaz de halagarme; ¿qué haría aquí por mas tiempo? Todos mis votos se han cumplido; solo deseaba la prolongacion de mis dias para verte católico é hijo del cielo, y Dios ha hecho aun mas de lo que le pedia, puesto que te veo consagrado enteramente á su servicio, y que desprecias todos los placeres y honores que habrias podido pretender en el mundo. ¿Qué cosa puede ya retenerme por mas tiempo?»

Aquella gran Santa oró por espacio de diez y siete años para obtener la conversion de su hijo y de su marido, y cierto dia que en su dolor confió sus penas á un santo obispo, éste la alentó con las siguientes memorables palabras: «No, el hijo de tantas lágrimas no puede morir.» En efecto, obtuvo de una vez la conversion de su marido y de su hijo; ¡sublime ejemplo para muchas madres y esposas cristianas de nuestros dias! Sean ellas como Mónica, y sus maridos y sus hijos serán otros tantos Patricios y Agustines. Nuestro gran Doctor quedó inconsolable por la pérdida de su santa madre, la lloró mucho, y nunca cesó de rogar por ella¹.

De regreso al África, Agustin se retiró al campo, donde se consagró al ayuno y á la oracion, formando una comunidad con algunos de sus amigos, y de aquí data el origen de la Orden de los Ermitaños de *san Agustin*. Agustin fundó además otros monasterios, y por los sabios reglamentos con que los dotó es considerado como el segundo patriarca de las Órdenes religiosas. Poco tiempo despues, hallándose en la ciudad de Hipona, los fieles se apoderaron de él, le presentaron á Valerio, su obispo, y pidieron á grandes gritos que le impusiese las manos; Agustin prorumpió en llanto al considerar el peligro que acompaña todas las funciones sacerdotales, mas al fin vióse obligado á ceder, y recibió el presbiterado á últimos del año 390.

Por un privilegio singular y desconocido hasta entonces en África, Valerio le permitió anunciar la palabra de Dios, derecho reservado exclusivamente para los obispos. Verdad es que jamás la Iglesia habia tenido tan urgente necesidad de defensores.

El cisma y la herejía desolaban el Africa; por una parte el obispo Donato y algunos otros, negándose á reconocer como legitima la ordenacion de Ciciliano, obispo de Cartago, á pesar de ser apro-

¹ *Conf.* lib. IX, c. 12.

bada y confirmada por el Papa, dieron lugar á un cisma deplorable que duró muchos años, y fué causa de desórdenes, violencias, asesinatos y otros muchos crímenes; por otra los maniqueos, secta abominable, corrompian la doctrina y las costumbres de los fieles; los arrianos, los semiarrianos y sobre todo los pelagianos, divididos todos ellos entre sí, formaban contra la verdadera Iglesia una terrible liga; finalmente los gentiles no cesaban de invocar contra los católicos el odio universal, acusando al Cristianismo de haber atraído sobre el imperio las multiplicadas invasiones de los bárbaros y las demás calamidades que lo afligian.

Para hacer frente á tantos enemigos, para curar tantas heridas, la Providencia hizo nacer á un hombre, pero á un hombre universal; y para que no cupiese la menor duda sobre la certeza de su mision, Agustin nació en África el mismo dia en que el monje Pelagio, autor de la herejía pelagiana, nacia en Inglaterra. Este heresiarca negaba la necesidad de la gracia para conseguir la salvacion.

Antes de descender á la arena, el valeroso atleta de la fe empezó, como ya hemos visto, por asegurarse de la victoria, colocando en el desierto á muchos Moiseses, para que orasen en la santa montaña mientras que él combatiese en el llano. Es indudable; los religiosos de san Agustin alcanzaron para su padre aquella ciencia, aquella energía, aquella extension de genio sobrehumano que le hicieron triunfar; y sobre todo alcanzaron la conversion de los corazones y el perdon de los culpables con sus voluntarias expiaciones: ¡tierna reversion que admiramos en todas las páginas de la historia de la Iglesia!

Agustin fué consagrado obispo de Hipona en el año 395, á los cuarenta y un años de edad. Valerio murió un año despues. Robustecido por la santa unción, Agustin atacó primeramente á los maniqueos, y en un público certámen demostró tan claramente la falsedad de su doctrina, que uno de los mas célebres sectarios abjuró su herejía en manos de su vencedor; además escribió contra ellos diferentes obras que dieron el golpe de gracia á aquella secta abominable. Vinieron luego los arrianos, cuya mala fe é ignorancia manifestó en diferentes tratados dignos de su admirable genio; llegó la vez á los pelagianos, contra los cuales sostuvo mas prolongada lucha; confundirlos era, á lo que parece, el objeto principal de su mision, y de tal modo lo logró, que sus obras han servido siempre de regla en la Iglesia en las cuestiones de la gracia, y por último

dirigiéndose contra los gentiles publicó su obra inmortal de la *Ciudad de Dios*, en la cual vense reunidas la filosofía, la erudición, la piedad, una lógica exacta y la Religión; el objeto que se propuso al componerla fué contestar á las quejas de los gentiles, quienes atribuían las irrupciones de los bárbaros y las desgracias del imperio al establecimiento de la religion cristiana y á la destruccion de los ídolos.

En medio de sus continuos cuidados para alejar á los lobos del redil, el vigilante, el infatigable pastor no olvidaba la salvacion de su rebaño ni su propia santificacion. Para instruccion y edificacion de los católicos compuso gran número de obras sobre todas las materias de Religión, y publicó además la historia de su vida, que tituló sus *Confesiones*. En vano tratariais de hallar mas unción, mas piedad, mas humildad, mas sencillez, mas confianza en Dios, mas verdad en la pintura de las pasiones humanas, de la que se revela en las *Confesiones*.

Su método de vida era el de un santo, y de un santo penitente; sus vestidos, lo mismo que los muebles de su casa, eran sencillos, pero decentes y limpios; únicamente sus cucharas eran de plata; su vajilla era de tierra, de madera ó de mármol; ejercía la hospitalidad con sumo agrado, pero su mesa era frugal; servíanse en ella legumbres con un poco de carne para los extranjeros y para los enfermos, teniendo cada comensal señalada su cantidad de vino. Durante la comida, ó bien se leía ó se hablaba de alguna materia importante, á fin de evitar las palabras inútiles, y por disposicion del Santo se veían dos versos escritos sobre su mesa, con el objeto de alejar toda clase de maledicencias. Si alguno hería en su presencia la reputacion del prójimo, le reprendía inmediatamente, y para indicar mejor el horror que semejante vicio le causaba, levantábase y se retiraba á su aposento. Cuando se veía obligado á hablar con mujeres, lo hacia siempre en presencia de alguno de sus presbíteros, y lo que ahorra de las rentas de su iglesia era empleado en alivio de los pobres, á quienes antes habia dado ya su patrimonio. Varias veces dispuso que se fundiesen parte de los vasos sagrados á fin de rescatar á los cautivos, y observaba religiosamente la piadosa costumbre de vestir todos los años á los pobres de todas las parroquias.

Su celo por el bien espiritual de su rebaño no conocía límites, tanto que le decia: «No deseo salvarme sino con vosotros; ¿por qué «estoy en el mundo? para vivir únicamente en Jesucristo, pero con

«vosotros; en ello cifro mi pasión, mi honor, mi gloria, mi alegría, «mis riquezas.» Su fervor aumentaba á medida que se acercaba su última hora, y durante la enfermedad que le condujo al sepulcro hizo escribir los siete salmos de la penitencia en las paredes de su aposento, de modo que pudiese leerlos desde su lecho, y no lo verificaba sin derramar copiosas lágrimas. Para no ser interrumpido en sus ejercicios de piedad, prohibió diez días antes de su muerte que nadie entrase en su cuarto, excepto cuando le visitasen los médicos ó le trajesen el alimento, órden que fué puntualmente ejecutada. Finalmente espiró tranquilamente el día 28 de agosto del año 430 á la edad de setenta y seis años, despues de cuarenta ocupados en los trabajos de su ministerio; un último rasgo eleva al colmo la gloria de aquel grande hombre, y es que no hizo testamento, porque nada poseía ¹.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado maestros y modelos como san Ambrosio y san Agustin; hacednos partícipes de su firmeza en la fe y de su profunda humildad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, oraré con frecuencia por la conservacion de la fe.

¹ Las obras de san Agustin que los fieles harian bien en usar, son:

- 1.º Sus *Confesiones*;
- 2.º Sus *Soliloquios*;
- 3.º Sus libros de la *Ciudad de Dios*;
- 4.º Sus obras sobre el *Génesis*, etc.

Para los sabios sus obras son una mina inagotable. La mejor edicion de ellas es la recientemente publicada en París por los Sres. Gaume hermanos, 22 vol. en 8.º mayor.